



La ciudad de mi vida

Santiago Orozco Santana

Empleado

Hace algunos años —no muchos—, había un río que se alimentaba de un ojo de agua en Aguascalientes. Pasó el tiempo, y la ciudad creció desmedidamente. Hoy, entubado y enterrado, ese río fue convertido en una avenida que se niega a desaparecer cada vez que la lluvia busca su cauce y lo surca, llevándose consigo todo lo que no debe estar ahí: contenedores, basura, autos, gente... ¿Y si, en vez de esta avenida, tuviéramos un río grande, muy grande, más o menos del ancho de ocho carriles de autopista?

Una tarde de sábado cualquiera en Aguascalientes, año 2025, 16:00 horas, sale del trabajo al poniente de la ciudad, por fin, a descansar. No pretende ir a casa aún. Revisa la agenda de eventos en su móvil y recuerda el partido de béisbol en La Pona. Aún es temprano. Traza mentalmente el camino. Podría tomar el tranvía del Segundo Anillo, pero no lo deja tan cerca; rentar una bicicleta y hacer el recorrido al lado del río López Mateos le parece mejor idea, pues sabe que el calor no pega tanto por el sendero de huizaches y mezquites que bordean el río. Recuerda que, por ser época de feria, las lanchas surcan todo el río sin costo y que lo dejan mucho más cerca de La Pona.

Toma la lancha, se pone los audífonos y disfruta el paisaje arbolado. Pasa por el perímetro ferial. A lo lejos ve los puestos de antojitos alrededor de los juegos mecánicos, cubiertos por la Mega Velaria, ve la Plaza San Marcos, que ahora muestra orgullosa la exposición ganadera y vinícola del estado. Ve el Foro del Lago, lo que le recuerda que mañana toca su banda favorita y, de seguro, volverá a cruzar el río, pero en dirección contraria.

Volteando al otro lado, a lo lejos, alcanza a ver el campanario de la catedral, los arcos del Palacio Municipal —donde en algún momento hubo un tianguis llamado El Parián—, la cantidad de árboles le impide ver San Antonio, y se ponen más frondosos al llegar al Parque Hidalgo, en la Purísima.

PIROCROMIO

33

Vida Urbana #35

Ha llegado al embarcadero de Ojo Caliente. Ahí desciende y camina todo el malecón hasta llegar a los baños. Se da cuenta de que, aunque el sol está a plenitud, los árboles y el asfalto hidráulico absorben el calor; y el paseo le ha recobrado las energías que perdió durante la jornada. Además, el dulce de quiote cocido que venía comiendo le refrescó bastante.

Se ha dado cuenta de que es demasiado temprano y decide matar el tiempo sentado en el altépetl —el basamento escalonado que perteneció a alguna comunidad prehispánica—, que está dentro del parque de La Pona. Deja volar la imaginación. No duda ni por un momento que aquel mítico Aztlán bien pudo estar en este lugar.

El 25 de abril de 2025, una inmobiliaria pretendió destruir, a escondidas, una parte del predio de La Pona para construir una calle, aprovechando la distracción, ya que era el día de festejo del pueblo. Los vecinos lo impidieron. Una ciudad no se construye a escondidas: se planea, se hace en comunidad.